

SUBSIDIO

DÍA INTERNACIONAL DE LA MADRE TIERRA¹

Mónica Benavides, HDV²



TEJER LA VIDA ES EL MODO DE HABITAR LA TIERRA

*“Que todo lo que diga y todo lo que piense
esté en armonía contigo,
Dios dentro de mí,
Dios más allá de mí,
creador de los árboles”³.*

INTRODUCCIÓN

En el marco del Día Internacional de la Madre Tierra, el texto propone una comprensión de la vida como un tejido relacional donde todo está interconectado. Desde las sabidurías ancestrales, la tierra es reconocida como un ser vivo y sagrado, y el ser humano como parte de esa red. El tejido aparece como símbolo y práctica que expresa conocimiento, memoria y espiritualidad, orientando una forma de habitar basada en la reciprocidad, el equilibrio y el cuidado de la vida.

Celebrar la Madre Tierra es disponerse a escuchar la vida que nos sostiene y a reencontrarnos con una espiritualidad que nace de la relación con todos los seres. En este horizonte, la oración se vuelve un acto de conexión, una manera de abrir el corazón para recibir la sabiduría que habita en la creación.

1 Comisión de Vida Consagrada Indígena - CLAR

2 Religiosa de la Congregación de Hermanas de la Divina Voluntad. Pertenece a la Comunidad Indígena “Pastos”, ubicada en el departamento de Nariño-Colombia. Doctora en Teología por la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Está vinculada a la Comisión de Vida Religiosa Indígena de la CLAR y al ETAP. También al Grupo de Investigación, Pensamiento Social de la Iglesia, de la Pontificia Universidad Javeriana. Ha compartido la mayor parte de su vida y misión con niños, adolescentes y jóvenes en espacios fronterizos. Le apasiona desdibujar fronteras, levantarse con el sol, inspirarse con el viento y contemplar las faenas de la vida cotidiana de los territorios.

3 Oración Chinook, costa del Pacífico Noroeste.

ORACIÓN AL GRAN ESPÍRITU

Oh, Gran Espíritu,
cuya voz escucho en los vientos
y cuyo aliento da vida al mundo entero.
¡Escúchame! Necesito tu fuerza y sabiduría.
Permíteme caminar en belleza, y que mis ojos
conserven siempre el rojo y el púrpura del atardecer.
Que mis manos respeten lo que has creado
y mis oídos estén atentos a tu voz.
Hazme sabio para que pueda comprender
las enseñanzas que has impartido a mi pueblo.
Permíteme aprender las lecciones que has ocultado
en cada hoja y en cada roca.

Ayúdame a mantenerme sereno y fuerte ante
todo lo que se me presente..
Haz que siempre esté dispuesto a acudir a ti
con las manos limpias y la mirada sincera.
Así, cuando la vida se desvanezca, como el atardecer que se desvanece,
mi espíritu pueda acudir a ti sin vergüenza.

-Traducido por el jefe lakota sioux Yellow Lark en 1887

Desde este legado espiritual, la oración al Gran Espíritu nos sumerge en una experiencia de comunión. Esta espiritualidad constituye una dimensión integradora que abarca prácticas, gestos, contextos, espacios y formas de vida, articulando de manera dinámica los procesos sociopolíticos y culturales de los pueblos, por tanto, está orientada a resignificar el mundo y abrirlo a nuevos horizontes de sentido. A partir de ella, el texto profundiza en la imagen del tejido como expresión de una cosmovivencia en red, interdependiente y sagrada.

TEJER LA VIDA ES EL MODO DE HABITAR LA TIERRA

Desde la memoria ancestral de los pueblos, la Madre Tierra se revela como un ser vivo con quien se establece una relación simbiótica. Ella no es un objeto ni un recurso disponible, sino origen, sustento y horizonte de la existencia. En ella convergen todas las formas de vida en una unidad dinámica donde todo está conectado, interrelacionado e interdependiente para existir. Los seres humanos no ocupan un lugar externo o superior, sino que forman parte de una red viva que los constituye y los sostiene.

Esta comprensión se expresa con claridad en el tejido, entendido no solo como práctica artesanal, sino como lenguaje y forma de conocimiento. La palabra y el hilo comparten una misma lógica relacional. Hablar es hilar, tejer es narrar. Cada hebra remite a otras hebras, así como cada palabra contiene múltiples sentidos. El conocimiento no se fragmenta, se construye en vínculo, reconociendo la continuidad entre los seres y la interdependencia como principio de existencia.

Los textiles latinoamericanos condensan esta cosmoexistencia. Lejos de ser objetos decorativos, funcionan como soportes de memoria colectiva donde se inscriben historias, símbolos y vínculos con el entorno. La tejedora interpreta y comunica a través de su práctica, articulando sensibilidad, pensamiento y experiencia. El tejido se convierte así en un espacio donde la comunidad se reconoce y proyecta su forma de habitar el mundo.

En el centro de esta comprensión se encuentra el Kawsay, entendido como la fuerza vital que atraviesa todo lo existente. No se limita a la vida biológica, sino que expresa una energía que fluye por ríos, montañas, plantas y cuerpos, configurando un universo concebido como una red viva por la que circulan la energía y la comunicación. Esta dinámica no es caótica, se regula en la propia naturaleza mediante relaciones de unidad y complementariedad que encuentran su expresión en la vida comunitaria.

El tiempo, en este horizonte, no es lineal. Responde a un sentipensar cíclico que se despliega en espiral, donde pasado, presente y futuro se entrelazan. El tiempo es relacionalidad cósmica y se manifiesta en el espacio, articulando los ritmos de la naturaleza y de la vida humana. La realidad se entiende entonces como un continuo movimiento en el que naturaleza y cultura no se oponen, sino que se articulan mutuamente.

De esta comprensión surge el principio del Ayni, que orienta la vida desde la reciprocidad. La existencia se sostiene en el dar y recibir, en el intercambio que mantiene el equilibrio del tejido vital. A ello se suma el Allin Kawsay, como horizonte del buen vivir, que propone una vida en armonía, en presencia y en conexión con lo cotidiano. Estas prácticas se articulan con el servicio comunitario y la espiritualidad, que atraviesan la vida en todas sus formas de manera orgánica.

Esta perspectiva configura una ética social alternativa. La Madre Tierra es sagrada, fuente de vida, y su cuidado no es una opción, sino una responsabilidad colectiva. Desde esta mirada, afirmar que la tierra no nos pertenece implica reconocer que somos parte de ella. En consecuencia, el respeto por las diversidades culturales, naturales y espirituales se convierte en condición para la continuidad de la vida.

Los modos coloniales que separan al ser humano de la naturaleza y reducen el territorio a recurso son cuestionadas desde esta racionalidad. Frente a la fragmentación, emerge una comprensión donde sentir y pensar se integran. La noción de lo sentipensante, desarrollada por Elvira Espejo, expresa un conocimiento encarnado que articula cuerpo, emoción y razón en la experiencia de habitar el mundo.

Habitar el territorio implica tejer relaciones cotidianas con todos los seres que lo conforman. Este proceso articula prácticas, saberes y afectos hasta constituir un cuerpo colectivo que es también político, en cuanto se organiza para sostener la vida y defender las condiciones que la hacen posible. Se configura así un proyecto de vida colectivo en equilibrio y armonía con todos los seres de la tierra.

La decolonización, en este contexto, no se limita a una crítica teórica. Se concreta en prácticas que restauran la relación con la Madre Tierra y reconfiguran las formas de habitar el mundo. Reconocerla como sujeto implica asumir la corresponsabilidad en el sostenimiento de la vida y en la reconstrucción de los vínculos que la hacen posible.

La imagen del tejido permite recoger de manera simbólica la integridad de esta propuesta. Todo está enlazado, y cada acción incide en el conjunto. El cuidado del territorio es, por tanto, cuidado de la vida misma. En este marco, el arte de la tierra emerge como una práctica que integra espiritualidad, conocimiento y resistencia, manteniendo viva una cosmopraxis que propone alternativas frente a las crisis contemporáneas.

Tejer la vida no es una metáfora. Es una forma concreta de habitar el mundo desde la relación, la reciprocidad y la comunidad, sosteniendo la vida en equilibrio con todos los seres.

MADRE TIERRA

Desde esta espiritualidad y la sabiduría ancestral de los pueblos originarios reconocemos que toda existencia está tejida en una red sagrada de relaciones donde cada ser tiene su lugar y su dignidad. Una antigua oración del pueblo ute lo expresa de esta manera:

Una oración ute

Trata bien la Tierra.

No te la dieron tus padres,
te la prestaron tus hijos.

No heredamos la Tierra de nuestros antepasados,
la tomamos prestada de nuestros hijos⁴.

Estas palabras nos invitan a entrar en una ética de responsabilidad y reciprocidad. No somos dueños, sino cuidadores. Existimos en comunión con el cosmos. Así, el cuidado de la Madre Tierra se convierte en una praxis espiritual, política y comunitaria que atraviesa nuestras decisiones cotidianas.

Esta misma intuición se hace canto y celebración en *"Todo está interligado"* de Juan Morales Montero, quien nos recuerda que la vida es un tejido donde todo está conectado:

Canto. Todo está interligado: <https://www.youtube.com/watch?v=3BzHRFmT8II>

En este horizonte de comunión, la bendición se convierte en palabra que siembra vida y armonía.

BENDICIÓN

Que el Corazón del Cielo y de la Tierra
te acompañe en cada amanecer.

Que el tiempo sagrado te enseñe paciencia
y los ciclos de la vida te den entendimiento.

Que el maíz, raíz de tu ser,
alimente tu cuerpo y tu espíritu.

Que tus palabras sean verdaderas
y tus pasos firmes sobre la tierra.

Y que vivas en equilibrio
con todo lo que fue, es y será.

⁴ Ver en: <https://www.sapphyr.net/natam/quotes-nativeamerican.htm>